



ILUSTRACIÓN: GABRIELA OÑATE



Tatuajes para el Alma

Obra de Teatro

JORGE VELASCO MACKENZIE

Personajes

La Mina
(Mujer madura, algo vulgar)

Trista
(Mujer vieja de manos brillantes)

Actor
(Hombre alto, edad adulta)

Acto Primero

(Una habitación. Algo oscura, o bien oscura. En el centro de la mesa se encuentra servido un desayuno pobre: dos panes viejos y duros, una taza de café humeante. Hay un jarrón con flores visiblemente marchitas, el mantel tiene rombos rojos. Hacia un lado, contra una pared blanca reluce un tocador antiguo, con espejo oval y taburete pequeño. Un mueble de sala cubierto con una sábana blanca. De la pared pende un reloj sin horas...las horas)

(La escena descubre abandono y sobre todo soledad, esa que ha atacado a Trista Gálvez toda la vida. Viste un viejo salto de cama, de preferencia floreado; calza sandalias y tiene el pelo enrulado, usa lentes que no ocultan sus ojos aguados, de lechugines del río. La Mina lleva una bata de dormir blanca, con un gran lazo en el pecho. Está descalza.)

La Mina

(Aparece sentada, hojeando un diario del día, o de la tarde, qué más da.)

Clasificados, clasificados. ¡Ya, aquí están! Veamos, veamos. Casas venden. Piezas alquilan. Departamentos, chozas. ¿Dónde se educarán sus hijos? Polaris, la mejor elección, veamos, veamos. *(Bebe un sorbito de café)* Villas. Si pudiera comprar una. ¡Vean esto! Bosques del Salado. ¡Pero si ahí no hay bosques! Todo está lleno de lodo. ¡Qué horror! Y ¿cuánto pedirán?... ¡Me muero! *(Se toca impulsivamente los rulos que lleva en el pelo)*. Empleos, empleadas, putas. ¡Ya, aquí está!

47

Trista

(Entrando, cojea, se limpia los ojos con las manos.

Mira a su alrededor como si quisiera saber dónde está.)

Mamá, mamaMina, buenitos días. ¡Bah! Qué buenos pueden ser, para nosotras solamente es otro día. ¿Hallaste algo? Creo que debemos comprar otro diario, pero con qué plata, madre. ¿Se te están acabando las esquinas? ¿Los Udres? ¿Has encontrado algo?... ¡Responde! Le debemos al santo y al diablo. Esto de ser mujer...Vamos, dame una parte. *(Le entrega la mitad del diario, sin mirarla)* El puente. ¡Qué nos importa el puente! Que se caiga y nosotros con él, al fondo del lodo pudre.

La Mina

(Sorprendida)

¡Mira esto! Importante empresa necesita impulsadoras. Edad: 18 a 25 años. De preferencia universitarias. Buena presencia... Bueno, de tan buena tú no, pero de tan mala tampoco, con tus ojos... Anda, bebe tu café. ¡Oh no! No sirve. Experiencia mínima, un año. Tú nunca has impulsado nada, ni siquiera un marido.

(Los gatos han comenzado a corretear por el techo de la casa. Rabos lamen el piso, como si fueran lenguas. Azotados, perseguidos por las gatas que quieren venganza, algo se cae con el sonido de un golpe seco).

Trista

(Molesta)

Ya vas a empezar. Zacarías nunca me miró porque quiso que fuera así, y punto. Vamos, sigue leyendo. *(Se interesa en la lectura)* Modelos y ventas. Compañía de modas busca modelos para feria. Cita al 611277. Otra vez. ¿Recuerdas la última vez, mamá? El tipo ése, ¡qué se habrá creído!

La Mina

¡Nada, pues!..., lo que se creyó. Que te podía coger, nada más. Y tú dejarte. Eso es lo que es. *(Se detiene, baja el diario, se quita los lentes. Luego tatea la mesa como un ciego tantearía la calle con un bastón).* ¡La Mina! *(suspira)*... ¡Han pasado tantos años! Y yo sola contigo, en este cuarto, de quinta.

Trista

¡Ismed! Requiere vendedoras de productos de belleza. Personal con experiencia, se preferirán personas que dispongan de vehículo. Y yo, ¿qué tengo? Las piernas que mueven mi cuerpo, este cuerpo que ni siquiera Zacarías quiso conocer.

(Se pone de pie y se acerca al tocador. Se sienta. Abre la boca gesticulando frente al espejo. Recorre la cara con los dedos buscando arrugas; se estira la boca, el pelo. ¿Harán esto las actrices en sus camerinos?, se pregunta. No, las arrugas son cubiertas con cremas y perfumes. Ella lo sabe, ha visto tantas películas que se limpia la cara con un lienzo empapado en la sangre de un macho cabrío).

Mamá. ¿Qué tal se vería si me pinto el pelo de rojo? O tal vez si me hago rayitos, o me lo rizo. No tanto, no tanto. *(Se levanta los senos con las manos)* Para que nunca nadie los haya tocado, no están mal, ¿verdad mamá?

La Mina

(Desde detrás del diario)

Eso mismo fue lo malo, que nadie te los tocó. Empleada doméstica para cuidar niño y cocinar. Tú ni siquiera sabes hervir agua. Y de niños, nunca hubo ninguno en esta casa. Escucha: cocinera, doscientos dólares, no está mal. Iré yo misma. ¡Oh no! Ya me he pasado toda la vida detrás de las ollas, y en las esquinas. *Costureras buen sueldo. Maneje máquina.* Yo soy como las viejas de antes, a mano, todo a mano. Recuerdo que me hincaba los dedos, cuando tu padre volvía me encontraba toda parchada y me

preguntaba qué me había pasado. Yo le mentía diciéndole que era culpa del gato. ¡Ja! nunca se lo creyó, hasta que nos unimos y me vio coser a mano, ya ves, un traje de putanovia todo hecho a mano.

(Trista ahora está de pie. Hace ejercicios de gimnasia con dificultad, se cansa. Tiene 30 años, número de misterios: Cristo fue apreciado en 30 dineros, a esa edad se lo bautizó y empezó a predicar en el desierto.)

Trista

Mamá, si a una se le engordan las piernas, ¿qué será? ¿Y si se le aflojan las tetas? Una vez, una amiga me dijo que eso era señal de que a una se las estaban tocando. Toca que te toca tetitas *(Hablandole a sus senos, mirándolos, bailando un poco)*.

La Mina

Deja ya de hacerte la loca y ven a leer esto: Trabajo real. Tu mejor oportunidad de empleo. Te damos puestos administrativos. Currículo y foto.

Trista

(Acercándose interesada)

Qué, ¿enviar la foto del culo? Ya, ya, disculpa. ¿Qué más piden? ¿Cuánto pagan?

La Mina

¡Doscientos dólares!

Trista

¡Por enviar la foto del culo! ¡No está mal..., nada mal! Que venga Fotomatón, que me haga la foto... creo que solo sabe retratar a los muertos... ¿No?

La Mina

(Poniéndose de pie, enojada)

O te pones seria o mejor me voy. Hay harta gente andando por ahí esperándome, todavía puedo hacer mis buenos puntos. Todas las mañanas, todos los días haciendo lo mismo y tienes que joder...

Trista

¡Ay, perdón mamá!, mamaMina. Ya, ya, va en serio. *(Vuelve al diario, lee)*. Necesito aparador de calzado de mujer. ¿Qué hace un aparador? ¿Apara los zapatos que le tira la gente? ¿Sabes mamá? Una vez tuve un sueño. Yo era una soñadora, o sea que soñaba y me pagaban por soñar. Venía un señor vestido de negro y me pedía que le contara el sueño y yo se lo contaba y él lo escribía en un cuaderno. Le conté sueños de

ranas y lagunas. Una vez le narré que era una monja que se enamoraba de un monaguillo, otra que era Madonna o una mamá flaca que ponía huevos. Los sueños más raros se los conté a él que me pagaba todos los días; hasta que una vez soñé me habían metido presa por soñar sueños. Él se asustó y me dijo que me sacaría en libertad. Y lo hizo, pero se me acabaron los sueños y me vine a la ciudad porque vivía en otra parte. ¡Qué sueño más raro, no mamaMina!... ¡Soñar que una sueña sueños!

La Mina

(Siempre leyendo)

Urgente. Dama de compañía. Asistente de gerencia. 20-30 años. *Putas de compañía* deberían poner mejor. Pero tú no puedes, se te pasó la edad. *(Bebe café)* ¡Uf!... ya está frío. Espera que vuelva.

(Se aleja a interiores con la taza en la mano. Aparece el gato Salvatore por el camino, ella lo patea. Oberón tenía dos gatos: Limoch y Michael; decía que el uno gobernaba los vientos sobre la ciudad y el otro los aguaceros que inundaban las calles, el rayo que una vez cayó y quemó la casa del zapatero).

Trista

(Pensativa un rato, jugueteando con las cucharas)

50 ¡Mami! ¿Quieres que te diga que tengo un tatuaje? *(Señalando el diario)* Aquí dice: aprenda a tatuar. Mariposas y flores. ¡Mamá! ¿Dónde puedo una hacerme un tatuaje?... ¿En la cara? ¿En los brazos? ¿En la nalga? Yo tengo un tatuaje natural. ¿Quieres que te diga dónde está? Ni te lo imaginas. Tengo mi tatuaje en el alma. Es grande y oscuro, me lo hicieron tú y Oberón cuando se juntaron para concebirme; solo ustedes no lo sabían, él te clavó la aguja y tú no sentiste. *(La Mina ha regresado y está de pie detrás de ella, escuchándola)* El viejo sí que sabía dibujar antes de volverse brujo, ni el Guayasamín le quedaba bueno. Le salió perfecto, tanto que ni con el tiempo se me ha borrado. Zacarías nunca lo pudo ver porque está bien adentro, escondido dentro de mí. ¡Mamá! ¡MamaMina!

La Mina

Aquí estoy, loca.

Trista

(Sobresaltándose)

¡Chispas! Me asustaste. ¿No viste que estaba sola? Vamos, dame mi café. ¿Escuchaste lo de mi tatuaje?

La Mina

(Volviendo a sentarse)

Te oí. Lo que pasa es que no te entiendo. Cómo voy a entenderte si cada día estás más loca. ¡Tatuajes para el alma! ¿A quién se le ocurre? A ti no más. Mira: tu padre y yo fuimos normales. Nos conocimos, nos unimos. Te tuvimos. Nada más. Durante el embarazo hice mis dietas, dormí, comí, no trabajé por un tiempo en las esquinas; caminé mucho, eso sí hice, avanzaba hasta el río todos los días, subía la escalera de la casa del cerro despacio, con mis sandalias de cuero puestas, parecía que estaban condenadas a la prisión de mis pasos. Caminé y caminé, contigo en mi vientre. Nada de tatuajes, no me vengas con eso ahora.

Trista

(Ahora vuelve a estar de pie y mira el reloj sobre la pared)

Me pregunto: ¿Cuándo fue que se rompió? ¿Cuántas veces hemos vivido esa hora muerta que marca? Un reloj roto solo sirve en ese momento, cuando se detuvo. Es curioso, ¿verdad, mamá? Un reloj que puede dar una hora exacta en todo el día.

La Mina

Lo más curioso es saber que ese reloj se detuvo cuando a tu padre le fallaron las piernas, el pobre, cómo iba a saber que eso pasaría. Nunca lo envié a reparar, ni a él ni al reloj, lo dejé así para que me lo recuerde; cojo, sí, tienes razón, para eso me sirve, como un puro recuerdo. ¿Seguiste buscando? *(Se sienta)*

Trista

Hallé esto, escucha: *¡Baile! Salsa, merengue.* No importa su edad. Matrícula gratis. Y es cerca, mamaMina, podríamos ir juntas. ¡Bailar, bailar, que el mundo se va a acabar! Trista y La Mina, las reinas de la rumba. ¡Luces!

(Se levanta y baila sin música. Paso izquierdo adelante, paso derecho hacia atrás, un dos, dos tres, música del secreto amor. Los vecinos piden silencio golpeando las paredes. ¿De dónde brotó esa música en el patio de la quinta?)

La Mina

Reinas de la tumba querrás decir. Ni siquiera de joven pude aprender a bailar, a mi padre no le gustaba, y el tuyo; era tan torpe, ni borracho bailaba, por eso jamás aprendí.

Trista

(Ha vuelto a sentarse, continúa hojeando el diario)

Mira esto: *¡Otra vez virgen! Inmediatamente con virginal prudentus. Producto americano. Sin dolor cierre su herida.* ¡A mí nadie todavía me ha herido! ¿Es eso una herida? Tengo la vagina clausurada hasta el anillo nupcial. Si dudan, vengan a verla.

La Mina

¡Te has vuelto loca, mujer! ¿Quién va a querer hacer eso? Solo Zacarías, pero él te olvidó por esa causa, total, era como todos. Yo, lo que sí quisiera saber es cuánta plata nos queda en el banco, el fin de mes está lejos, el tiempo es cada vez más lento. Mi madre decía que el frío conoce al desnudo... Yo me paso la mitad del día desnuda, pero tengo mi pensión de trabajadora sexual jubilada... 33 años, como la edad de Cristo.

Trista

Y nosotras, ¿estamos desnudas? ¡Que venga el frío y me abraza, que me bese con sus labios helados, con su pasión de hielo, que me congele aquí mismo y me haga un hijo que nacerá temblando, lleno de escarcha! ¡Adoro el hielo que busca a los desnudos! ¡Lo amo!

La Mina

(Golpea la mesa, haciendo voltear el florero)

¡Ya basta! Tú eres como esas flores marchitas, te falta agua, te falta vida, ni con toda el agua del río renacerás ni reflotarás; estás ahogada en tus horas, puedo saberlo bien porque te concebí, aunque sea de ese brujo cojo, el del carrito, te parí, te crié. ¿Lo oyes?

Trista

(Desde detrás del diario)

Ya cálmate, es solo un decir. Escucha: *Masajista. Joven de edad madura. Mano grandes, pero blancas. Buen trato y buena paga. ¿Madre, cómo son mis manos? ¿Podrán dar masajes? (Se las mira)* Yo creo que sí, probemos. (Da la vuelta y comienza a dar masajes en la espalda de su madre) ¿Qué tal va? A ver, a ver..., el cuello, ieso es!...rico... rico.

La Mina

(Se deja hacer, reconfortada)

¡Ah, qué bien, qué bueno! Sigue, sigue *(Echa la cabeza hacia atrás)* Más acá, más acá, sigue, sigue, es duro estar parada toda la tarde en una esquina, el trabajo más antiguo... ¡Ah!, sigue *(Trista comienza a quitarle el salto de cama)* ¿Qué haces, loca? *(Se pone de pie de un salto)* ¡Ya déjame!

Trista

(Apartándose)

Pero los masajes se dan sobre la piel desnuda. No dices que el frío... ¡Oh! Esa palabra. Una vez leí que la palabra desnuda estaba en sí misma desnuda, fue en un cuento que leí en el colegio, era la historia de una ropa de payaso que sufría como si

fuera gente, no recuerdo quién lo escribió, un escritor debió ser, claro...

(Comienza a escucharse una melodía extraña que sale de un callejón, el callejón Zaruma que es el lugar de las ratas donde Oberón ejecuta un conjuro para ganar el juego. Un grupo de mujeres vestidas con trajes escotados que han salido de un casino lo rodean y gritan: Agios ischiros athanatos ibel daber chabel, illénanos la bolsa! Todas lucen en el cuello una bolsita negra que contiene un trébol. Oberón, que se rastra en su carrito de madera reza: Señor que habéis querido que vuestras vestiduras fueran rasgadas lánzanos a la aventura, danos la gracia de que alcancemos buena suerte en el azar, atiende mi súplica. Se oye como una cascada metálica, el ruido de monedas cayendo libres por la boca de un tragamonedas que ha marcado cinco tréboles negros.)

Trista

(Sigue leyendo)

Cambia tu imagen. Maquillaje, cremas reductoras, limpieza total. ¡MamaMina! Aquí me pueden limpiar el tatuaje. ¿Será muy caro? No puedo vivir con este tatuaje en el alma toda la vida. ¡No señor! Iré mañana mismo..., o no, mejor cuando regreses de cobrar en la pensión. ¿Verdad, mamá, me prestarás?

La Mina

(Pensativa)

Tú dices que ese tatuaje en tu alma es oscuro y grande, pero nunca contaste qué forma tiene. ¿De mariposa? ¿Como un trébol? Te advierto, yo soy una de esas mujeres que creen que el hombre nunca muere sino la muerte. Mira a Malaria, se lo quité a Gloria, la punto de oro; el muy cabrón murió cosido a puñaladas, y ahora estamos hablando de él.

Trista

¡Madre, tú también estás loca! ¡Y más todavía! Loca de hambre y no como yo que estoy loca de hombres. *(Prueba el café)* ¡Uff!, ha vuelto a enfriarse. *(La Mina comienza a levantarse)* Espera, voy yo, así no podrás decir que soy buena para nada. *(Se aleja a interiores)*.

La Mina

(Sola, como murmurando)

Tatuar... tatuajes... ¿Dónde leyó eso? *(Revisa los diarios que están desordenados sobre la mesa, se apura)*. No hay nada, tal vez lo inventó, pobre, está tan sola desde que Zacarías se fue, creció, la olvidó; él sí le dejó tatuado en el alma su desprecio.

Trista

(Entrando con las dos tazas de café en las manos)

¿Sabes, madre? En uno de esos sueños que soñé para el señor que me compraba los sueños, vi escorpiones suicidándose, estaban rodeados de un círculo de fuego y se clavaban los agujones con veneno; después me dijeron que eso era verdad, los escorpiones se matan cuando están en peligro. Creo que mi tatuaje tiene forma de escorpión porque ese es mi signo, no lo olvides.

La Mina

Y por eso te suicidarás. Pero tú no tienes agujón, ni te ha cercado el fuego. ¿Es ese fuego del que hablaba el viejo brujo cuando ponía una cazuela de barro en la candelita diciendo: “yo te invoco para que los fantasmas que pudieran dañarme se alejen de mí.” ¿Es ése?

Trista

No temas, al menos no hasta que un hombre venga a clavarme su agujón hasta el fondo, entonces; herida, moriré feliz, rodeada de fuego pasional. Olvídalo. Estuve pensando hace un momento en lo que una mujer puede hallar en la cocina, sí, allí, entre ollas y platos, la cazuela de barro de Oberón. Una mujer puede encontrar un tesoro, no en las sobras de la comida, sino en los estrechos caminos que van del fregadero a la nevera; de la nevera al hornillo; un tesoro, por eso en los avisos siempre dicen que necesitan cocinera honrada, dan buen trato, comida y casa, por eso, para que no se roben el tesoro.

La Mina

¿Cuándo se te ocurrió eso? ¿Hace un momento? ¿Cuando te fuiste a calentar el café? Yo creo que a cada rato estás peor, te llevaré al dispensario, a la consulta externa de Lucas Mora en el manicomio, a ver si detiene esa rueda loca que da vueltas en tu cabeza. Vamos, terminemos con esto de una vez.

(Comienza a recoger las tazas y arregla el florero. Sabe que en la quinta donde transcurre todo no hay flores, nunca se vio ninguna, ni siquiera marchita, desde que la dueña se murió todas también se murieron, o las cortó el padre de Zacarías que vivió allí escondido, escribiendo.)

Trista

(Insistiendo)

¿Tú nunca, durante tantos años, entre vapores de tantos guisos, has descubierto el tesoro mamaMina? *(Se pone de pie y da vueltas en el escenario con los brazos)*

abiertos) Tesoro, tesorito, ¿dónde estás? (*Sigue girando*) ¡Perlas, diademas, anillos, los encontraré! (*Se acerca al sofá y levanta la sábana que lo cubre, se mete debajo de ella y habla con la voz impostada*) Soy un fantasma que viene a revelar que hay un tesoro escondido en la cocina de La Mina y su hija Trista, pero antes deberá declarar algunas cosas. ¿Cuántas comidas hacen en el día? Mina, declare: ¿cuándo se le suspendió el mes? Trista: ¿Cuántos novios ha tenido? Las dos: ¿qué esperan vivir de la vida? (*Se descubre*) ¿Lo ves, mamá? Es fácil, sólo tienes que declarar y nos dirán bajo qué losa, dentro de cuál anaquel está nuestro tesoro.

La Mina

¡Uff!, ¡esta sí que está rematada!, y pensar que es mi hija. Primero salió con lo de los tatuajes, ahora con ese tesoro en la cocina, qué más vendrá después.

(Música, cualquier clase de música tocada con guitarra y cantada con una voz de borracho. Daniel Santos, Julio Jaramillo jurando en vano cuando las campanas de la iglesia de San Agustín llaman a misa.)

Trista

¡Este es el tesoro! (*Se toca el cuerpo, la región del pubis*) ¡Esto que nadie nunca tocará! (*Al público*) ¿Por qué nadie lo tocará? ¡Nadie, nada, nunca...!

55

La Mina

¡Un tesoro! ¿De qué nos servirá a las dos tu tesoro? Mira a ver. Aquí hay otro, aunque sea algo viejo todavía sirve, es una mina. (*Se palpa al igual que Trista*). Por aquí saliste tatuada. Por aquí regresarás olvidada. Yo sí creo a veces que no es tu locura, creo que es verdad, estamos tatuadas hasta en el hueco del alma.

Trista

¿Lo crees, mamá Mina? ¿Qué hicimos para que esa mano de Dios nos abandone, nos deje marcas, manchas...?

La Mina

¡Oh! No es tanto, no es Dios, soy yo. ¡Yo y tu padre, tatuados!

Trista

(Se levanta y corre hacia ella)

¡Madre! Yo no quise decir eso, yo no...

La Mina

Pero tu padre sí lo hizo, después se fue y me dejó contigo. Mírate..., sola.

(Hay un lapsus en que las dos mujeres se quedan estáticas. Se siente un ambiente de soledad y angustia. No debería ser más de medio minuto porque la escena va a terminar y en el cielo resuenan truenos, truenos sobre la ciudad y el río que Zacarías no ve, no verá nunca porque no llegará al malecón.)

Trista

¿Dijiste algo, madre?

La Mina

¡Oh no! Yo nunca puedo decir nada.

Trista

Yo tampoco, eso lo heredé de ti. ¿Acaso cuando Zacarías...?

La Mina

(Interrumpiéndola)

¡Zacarías, vaya con Zacarías! De él no deseo saber nada, ¿escuchaste? Nada...

Trista

Yo sí, sí. Fue a él a quien le conté mis sueños de soñadora. ¿Sabes por qué me metieron en la cárcel? Porque una vez soñé con dos beatas que llegaban juntas al cielo. La una era rica y la otra muy pobre, pero las dos eran amantes de Dios y hablaban acostadas en sus ataúdes...

La Mina

¡Loca!... iloquísima!

Trista

¡Sola, solísima! ¡MamaMina, compréndeme! Alguna vez también quise ver qué había dentro de mis silencios, de mis ojos aguados porque siempre están llenos de lágrimas.

La Mina

Esa debe ser otra de tus locuras. ¿Ves? Mejor anda, sigue leyendo, busca algo por favor, algo que te libere de los tatuajes, de ese escorpión que ya debe haberte picado la cabeza.

Trista

Mamá, de verdad yo no estoy loca, es que me veo a mí misma entre sueños. Yo misma me veo soñando, como una caja de muerto dentro de otra caja, esas que llevan a La Fronda para que Zacarías guarde allí los cadáveres, así es, un sueño dentro de otro sueño, pesadilla ha de ser.

La Mina

Y... ¿cuánto te pagaban por hacer eso?

Trista

No lo sé, nunca conté el dinero, después que él escribía el sueño en un cuaderno, me entregaba el dinero que yo guardaba en mi corpiño y me iba. Ni siquiera sé para qué los quería. ¿Para venderlos? ¿Ofrecérselos a esos locos que paran en el Montreal para que los pinten, les pongan música?

La Mina

En los avisos nunca he visto nada de eso, nunca piden una señora profesional graduada en una cama. Fuera bueno, así al menos trabajarías en algo, traerías dinero. Soñar y cobrar por soñar, ¡vaya cosa! Oye, Trista, ¿hasta cuándo vamos a estar sentadas aquí? Esto ya no parece desayuno, sino almuerzo. Es tarde, tan tarde que ya casi no queda nada...

Trista

¡No! Todavía tenemos los tatuajes, los escorpiones de Dios. Ellos también atormentaron a las beatas, te imaginas: cilicios formados como una diadema de escorpiones vivos, eso sí le hubiera gustado a Dios.

La Mina

¡Calla, mujer! ¿Acaso no es suficiente que hayas pecado con la mente y ahora lo haces con la boca? Esas mujeres que dicen fueron siervas de Dios, renunciaron a todo para buscarlo, para acercarse a él. ¿Te parece poco? (*Mirándola con severidad*) Escorpiones, tesoros, sueños, debiste soñar con un tesoro de escorpiones en lugar de hablar de ese tesoro tuyo escondido entre las piernas, como el mío que ofrezco todo el tiempo para poder comer. El tuyo nadie lo ha visto, ni siquiera Zacarías...

Trista

Yo creo que mi prisión fue injusta. Solamente soñé con esas mujeres llegando delante de Dios todas ensangrentadas. A ellas debieron haberlas juzgado, no a mí. Fueron ellas quienes hablaron, dijeron sus vidas, yo fui solamente una voz, una voz en la memoria del juez que las juzgaba.

La Mina

(*Protestando*)

¡Pero tú las inventaste!

Trista

(También protestando)

¡No, la vida las inventó! O ellas mismas se inventaron, la una a la otra... Le dije que ellas habían llegado antes Dios bailando, era en un campo abierto y las dos se abrazaron, así. *(Va hacia La Mina y la abraza)*. Tará, tará, tarí, tará. *(Se mueve frente a ella y la obliga a levantarse mientras ella se niega, tropiezan, caen, Trista casi la arrastra.)* Tarí, tará, tarí, tará *(Sigue bailando con torpeza)* Tarí, tará, tarí....

(En su deambular Zacarías ha llegado al otro lado del parque Centenario donde dos viejos condecorados pelean gruñendo, agarrándose los brazos, los metales resuenan en el pecho, se brillantan con el fulgor de la noche. Subido en una banqueta de hierro, otro héroe de la guerra del 41 da un discurso: “La patria no es una si no dos que están en guerra...”, grita, robándole descaradamente el verso al poeta Humberto Vinuesa, el gallinazo cantor. En el asiento de hierro, gastado de tanto sentarse, un lisiado, sin piernas sonríe mostrando la boca también lisiada de dentadura. Es lo único que puede hacer y los dos viejos dejan de pelear y se reconcilian abrazándose. “Por la vieja patria”, brinda el prócer que se ha ataviado con una banda tricolor que tiene tejidos en cada franja huesos de ratas. Zacarías no puede distinguir bien a otro que se acerca en un carricoche, es Oberón que se ha tapado la cara y lo único que alcanza a escuchar de su boca es una oración: In nomine Patris et Filli et Spiritus Sancti y hace silencio. La calle se ha quedado vacía, da un paso para bajar la calzada y otra vez se pierde.)



ILUSTRACIÓN: WENDY SIMANCAS

Acto Segundo

(Un recinto como el de un juzgado. Aspecto tétrico. Hacia el fondo hay una silla de madera cruda y un mesón donde reposa un martillo de juez. En el centro, dos tablonces inclinados, separados un metro el uno del otro. Atrás, una cortina blanca rasgada, igual a la de la entrada a los baños del Montreal. La Mina es ahora Beata Uno y solo viste una larga bata blanca manchada de sangre. Trista es Beata Dos y luce igual. Ambas mujeres están descalzas. Aparecen de pie en el centro del escenario, entrelazadas como si estuvieran bailando)

Beata Uno *(Recorre el lugar con mirada temerosa)*
Hemos llegado.

Beata Dos

¡Sí, hemos llegado! Después de todo, el viaje no fue tan malo. Hombros, carrozas, manos, discursos, flores...

Beata Uno

¡Y tanto humo! Parece que fumaron demasiado. ¡Oh! ese olor. Era como de pena.

Beata Dos

Incienso, querida, incienso. Yo no pude distinguir a nadie. ¿Y tú?

Beata Uno

Tampoco, hermana, a nadie. Era como si el humo les hubiera borrado los rostros; solo vi cuerpos de negro, viejas con vestidos oscuros, putas de caras tapadas..., y nadie lloraba, solo rezos y rezos. Los rosarios se les caían de las manos, o los tenían cosidos en la lengua.

(Un actor entra avanzando con pasos largos. Es parecido a Zacarías, parece Zacarías, pero no lleva mandil. Ceremonioso. Está ataviado con un traje rojo repugnante. Sostiene una cruz en la mano, como si fuera un bastón. Voz chillona. Desagradable)

Actor

¡Ah, son ustedes! ¡Pero qué flacas están! Llegaron temprano, no las esperaba

hasta el atardecer; pero eso no importa, tenemos todo el tiempo posible, el imposible también. ¡Vamos, embárguense! (señala los tablones). De pie no puede estar, deben estar cansadas, el viaje fue largo, sin agua ni alimentos, pero ¡qué digo! Hasta Dios se puede equivocar. Ustedes han pasado muchas jornadas ayunando, están acostumbradas. ¿Cuál de las dos ayunaba más?

Beata Uno

¡Ella, señor! En su casa, aún antes de volverse sierva, no había comida en las ollas. Desde pequeña se le pegó la barriga a la espalda. ¿No ve?

Beata Dos

¡Ya va a empezar! Me molesta allá todo el tiempo y ahora, ya comienza aquí. Pero ahora no podrás, aquí está él (*señalándolo*). Él nos juzgará, deberá decidir...

Actor

(*Sentándose ceremoniosamente*)

¿Decidir qué, sierva mía?

Beata Uno

¡Cuál de nosotras sufrió más! Quién merece tu brazo, un lado en tu cama, un lugar junto a la silla...

Actor

Para ello tendrán que demostrármelo. ¿Y si es verdad que esa loca de Trista solamente las soñó? ¿Y si no hay nada cierto y ustedes nunca existieron? (*Gritando*). Entonces sí morirán de verdad. Con esta mano (*la mira*) les tatuaré una marca en el Alma. Nunca podrán quitársela, ni con fuego, ni con agua. El tatuaje terminará con ustedes, con su piel, con su cuerpo; ése será el castigo: el tatuaje.

Beata Uno

Yo prefiero vivir condenada antes de que hagas eso. Mira, yo siempre creí que con la muerte se nos iba la vida y ha sido al revés. Todas las mañanas me arrastraba en el piso de mi celda, lo pulía con sargas que herían mis manos, quebraba las uñas. Metía los brazos en el agua helada y sentía como si me abrieran la carne. Después, me acercaba a la mesa pero nunca pasaba bocado, solo sorbitos de agua y nada más...

Beata Dos

Yo, en cambio, tuve solo amaneceres sangrantes. Dormía con el cinturón de herirme, colocado entre el calzón y la bata de dormir, todo por él, para el hijo de Dios...

Actor

Mi par de putas. ¿Acaso creen que no sé que en el piso que pulías te revolcabas con hombres: (*A Beata Uno*). Y tú: (*A Beata Dos*) que esa era la sangre de todos tus meses y querías hacerla pasar como heridas para Dios?

Beata Uno

¡No! Nunca mi celda fue un burdel. Venían hombres, es verdad, pero todos traían su aureola de santos, y dinero, claro...

Beata Dos

Y mi sangre siempre salió de mis llagas, de mi cuerpo, nunca fue de mi sexo. Las siervas de Dios no tienen fuego menstrual. ¿Acaso no lo sabes? Tú, como encargado de las causas de los santos, deberías saberlo. ¿No te lo han enseñado?

Actor

Yo lo sé todo, no hay nada en el mundo que no pueda ver. Tengo la mirada de Dios porque soy su juez. Desde las alturas, puedo leer diarios y vidas: vigilar las calles, los parques, los burdeles, las quintas. ¡No me engañarán! (*Amenazante*).

Beata Uno

¡No queremos engañarte! Solo que sepas la verdad. Escucha: un día estando en oración, él apareció vestido con una túnica de ese mismo color que la tuya (lo señala), sin costura, cargaba una cruz en medio de una penosa cuesta y desde allí me invitaba a seguirlo, yo lo ayudé, me abracé a su cruz, comprendí que su sufrimiento quería purificar al mundo, después...

Actor

¡No era él! Nunca antes las había visto hasta hoy. Cuando me llamaron para venir a juzgarlas, busqué en mi lista de siervas. No estaban registradas, ni como La Mina, ni como Trista, costurera de pobres...

Beata Dos

Yo siempre comprendí que solo experimentando el dolor en carne propia podía alcanzarlo, por eso no amo el dolor, sino al doliente.

Actor

¡Es falso! ¿Acaso estamos en una carrera? Las 200 millas desde la Tierra hasta Dios. ¿A quien quieres alcanzar? Vamos, me estoy cansando. ¡Embárquense! Si no me hubieran hablado antes de ustedes, tal vez les creería, pero alguien vino a advertirme...

Ya ven, chismosos hay dondequiera, hasta en la antesala de la casa de Dios.

(Las dos mujeres caminan despacio hacia los tablones, se acuestan y cruzan las manos sobre sus pechos. Música suave. El actor desaparece en interiores, se oye un sonido como de una puerta metálica cerrándose. Cambia la luz. Pausa larga).

Beata Uno

(Hablandole a Beata Dos)

¿Lo ves? Te lo dije. No se huye de él, que está en todo lugar. Si no es él, son sus empleados. Éste, que dice ser un juez de las causas de todos los santos.

Beata Dos

(Levantándose un poco en el tablón, como si quisiera liberarse de ataduras)

¡Y cómo supo que pulías tus pisos con el cuerpo de los hombres! ¡Por eso era que rezaba todo el tiempo eso de Dios! ¿Dónde estaba yo cuando te buscaba? Claro, estabas debajo de los hombres y no te podía ver.

Beata Uno

Mira, no es hora de ofensas, es hora de salvaciones. Ni siquiera sabemos a dónde nos llevan en estas canoas prestadas; tampoco si fuimos soñadas, o revividas, nada... Tu sangre, pobre tonta, creíste engañarlo. Tu carne...

63

Beata Dos

¡Me arrepiento de ti! Me arrepiento de haber sufrido la muerte estando viva, por haber tú perdido la vida estando muerta...

Beata Uno

¡Por mí, vuélvete a morir! ¡Pide tus confesiones, trágate tus cirios, enciéndelos en el altar de tus tetas! ¡Haz lo que quieras!

Beata Dos

A diferencia tuya, yo sí tuve novios, pero a todos los dejé plantados en la puerta de la iglesia, les mentí diciéndoles que no había terminado de mi traje de novia, todo para irme detrás de él. Ahora viene con que debemos ser juzgadas... Dicen que en él se había encarnado en alguien... ¿en quién?

Beata Uno

(Está sentada en el tablón, abrazada a sus piernas, mirándose los pies. Recuerda.)

Sabes, alguna vez pensé que entrar a un monasterio era como entrar a un burdel, una deja el exterior para hundirse en el mundo de la noche. Ni la liturgia cambia, así te

vuelvas confesora de las culpas de los hombres. Te desvistes, te flagelas; te clavan en la cruz todas las noches muchos hombres...

(La escena vuelve a silenciarse. Hay un apagón rápido. Al encenderse la luz, las mujeres aparecen en los tabloneros, pero en posición diferente, como en las caminatadas de Manfredo, el hombre péndulo que se cambia de acera.)

Beata Uno

¡Sientes! Nos estamos moviendo. ¡Mira! *(Se sienta, observa a todos lados)* ¿Escuchas? Se oye como si estuvieran rasgando algo. *(Ruido de algo rasgándose)*.

Beata Dos

Sí, dicen que cerca de aquí se escogen los cuerpos para el nuevo viaje, cada uno es único y de un solo uso. Al final, es decir al regreso, se lo desecha. Hay para todos los gustos, de diferente sexo, tamaño y color, hasta raza y género, humano a animal.

Beata Uno

¿A qué te refieres? Loca. Te afectó la mente el viejo ése del juez. No le temas, lo que quiere es atemorizarnos. Confesiones, eso es lo que necesita *(De pronto caen flores sobre su cuerpo)* ¡Flores! ¡Uff, las detesto! ¡Olor de sanidad! ¡Apesta!

Beata Dos

Es el reencarnarse, como el reencaucharse, ¿comprendes? Cuando las llantas de los camiones de tu hacienda se gastaban, ¿no las llevaban a reencaucharlas? Así mismo es... Como tu cuerpo ya se ha gastado, pueden volver a reencarnar, puedes ser perra o zorra; puedes ser beata o puta, rica o pobre...

Beata Uno

(Se levanta, mueve el tablón)

¿Y él lo permitirá? ¿No nos acusarán de cambiar de partido?

Beata Dos

Sí, pero debes estar dispuesta a perder tu memoria. La recuperarás cuando estés en el otro cuerpo. ¿No recuerdas ese perro negro que miraba, como si fuera gente, cuando nos bañábamos desnudas, en pleno frío de la madrugada? Dicen que en él se había encarnado un obispo.

Beata Uno

Pero yo nunca podré olvidar mis dolores, así nada me duela ya. Quisiera ver al viejo este metiéndose clavos en las manos o en la planta de los pies, ayunar. En vez de

tragarse su bocatto di cardinale, ja, quisiera verlo...

Beata Dos

¿Oyes? Siguen rasgando. *(Otra vez se incorpora, busca el sonido moviendo la cabeza)*. ¡Cállense, putas! ¡Estamos muertas! *(Gritando)* Los muertos necesitamos silencio para descansar en paz...

Beata Uno

Descansar, vaya cosa. *(Burlona)* Sabes, yo creo que ella no nos soñó. Estaba también reencarnada y no pudo dejar de recordar. Los recuerdos se meten en los sueños, involuntariamente. Seguro nos había conocido a ti y a tu rosa escarlata: a mí, a mi flor del río turbulento.

Beata Dos

¡Un perro con mirada de obispo! ¡Nunca se me hubiera ocurrido! A pesar de que siempre vi muchos obispos con cara de perro.

Beata Uno

(Se ha levantado y camina por la escena mirando al suelo, como buscando algo).

Calla, hermana, calla. Él puede venir pronto; recuerda que solo fue a hacer sus necesidades...

65

Beata Dos

¡Hermana has dicho! Nuestras madres nacieron separadas, ni siquiera tuvimos el mismo padre. ¿Por qué lo dices? Confiesa...

Beata Uno

(Continúa deambulando por el escenario con la mirada en el piso.

De vez en cuando, se agacha a recoger algo; lo desecha).

Hermanas en el dolor, en los sacrificios, hermanas ante Dios, por eso somos hermanas...

Beata Dos

El dolor no, hermana querida, si no todas en el mundo fuéramos hermanas; desde la puta más rica hasta la virgen más pobre. ¿Mira de qué material eran tus cilicios? Fueron de oro y, cuando más pobres, eran de plata. En cambio yo tuve que hacerlos de hierro oxidado, de latas viejas o de clavos usados.

Beata Uno

(Sigue caminando en la escena)

No te quejes. De oro o de lata siempre causaron el mismo dolor.

Beata Dos

¿Qué buscas en el suelo? Hasta en eso eres tan diferente. Yo no busco, encuentro... que es otra cosa.

Beata Uno

Shhhh... se acerca. *(Apagón. Las dos mujeres vuelven apresuradamente a los tablonos, se quedan muy quietas.)*

Actor

(Entrando, termina de abrocharse el cinturón. Se sienta.)

Bueno, he terminado. Hasta allá adentro, cuando estaba en el trono, en aquel lugar sagrado, las escuché discutir, pero de tanto pujar y hacer fuerza, no entendí lo que decían. Primero, daré las instrucciones para el examen. Cada una me dirá lo que hizo y me mostrará las huellas, se hallaren donde se hallaren; no es lugar ni hora de pudores. ¿Comprenden? ¿Quién lo hará primero? Necesito una voluntaria, que no sea yo quien elija, o prefieren un sorteo, no, eso no le gustará a Dios, odia los juegos de azar, los casinos... ¡Vamos, decidan! *(Las dos mujeres se inquietan, mueven los tablonos, hablan frases ininteligibles)*

Beata Dos

¡Lo haré yo! ¡Yo fui siempre la más valiente!

Actor

¡Lo sabía! Se te nota en la cara. Anda, acércate. ¡Habla!

Beata Dos

(Se acerca, camina despacio, con la cabeza baja)

Una mañana, como de costumbre, fui al confesionario. Estando allí, sentí un trastorno en el alma. ¿Me estarían haciendo un tatuaje? Tuve una visión con horribles figuras obscenas de hombres y mujeres desnudas. Esa visión incitó mi sensualidad y permitió que el demonio tomara posesión de mí. Por todo mi cuerpo ascendió como un hormiguelo; el asalto de la pasión estremeció mi alma inocente, la fiebre del deseo me abrasaba, por mis venas no corría sangre, solo fuego. La pasión aparecía, tocándome con su fina mano de terciopelo. Cuando iba a hablar para confesarme y comulgar, quedaba sin moverme, fija en la tierra. El sacerdote se acercó con la forma sagrada entre las manos, pero mi boca permanecía cerrada. Me era imposible abrirla, hasta que él me ordenaba abrir la boca y tocaba mis labios con el cuerpo del Señor; entonces, podía ha-

blar y comulgar. Él me entregó el cilicio para la boca. Una diadema pequeña con puntas que debía colocar bajo la lengua y no me dejaba cerrar la boca porque me hería más... ¿Ves? (abre la boca frente al actor).

Actor

(Sin mirarla, tomando notas en un cuaderno, desentendido)

A ver, figuras obscenas, no... para la boca... Bien, bien... A ver, déjame mirar... *(Se acerca, la inclina, toma su cara y le abre la boca, mira hacia adentro, la mujer cae).*

Beata Dos

¡Espacio! ¡Me haces daño! ¡Ahhhh! ¡Ahhh! *(abriendo mucho la boca)*. ¿Pero no puedes ser tan incrédulo, la huella está ahí?

Actor

Pero puede ser falsa, se han dado demasiados casos de beatas que vienen aquí y dicen que han dormido años en camas de palo o de piedra, cuando en realidad han descansado en lechos de agua, las muy pícaras... Pero tú, no creo que mientes. Se pueden ver las huellas, las palabras cortadas, el rabo del demonio enredado en tu lengua.

Beata Dos

¡Oh, no, todavía está allí!.... *(escupe varias veces)*.

67

Actor

No, se ve solo la huella. Pero de haber estado, aquí lo estuvo, eso no lo dudes. Ahora estás revisada, puedes sentarte. Eso sí, antes deberás decirme qué hacían esas figuras de hombres y mujeres desnudas que aparecieron en tu visión.

Beata Dos

Nada, solo se montaban unos encima de los otros, como si cabalgaran. Después, caían al suelo y abrían los brazos, igual que si fueran a crucificarlos. Todo pasaba rápido, como en un cine.

Actor

(Interesado)

¿Pero es que las beatas también van a los cines? Yo creía que se quedaban solamente clavándole las estampitas con sus imágenes a los giles que venían a misa. ¿Para qué iban allá? ¿A ver si en las pantallas aparecía diosito Dios? ¿Las velas encendidas? ¡Falso! Es como imaginar la llama de una vela, pero cuando ya está apagada. ¡Esa es la idea que ustedes tienen de Dios, beatas locas! ¿Y tú? A ver si todo lo que tuviste te servirá de algo. Fuiste tan rica que hasta te compraste un dolor, un dolor de oro macizo,

dolor... Orodolor...

Beata Uno

No te burles, juez. Tú sólo tienes que juzgarnos. Eres el enviado, un policía, un sirviente, no eres él. ¡Mira cómo la dejas! La pobre, con tantos caliches en la boca, ni siquiera puede hablar.

(Adentro sigue rasgando, es un sonido áspero, como de un papel de estraza. Rasga, rasga; ése es el sonido que viene del fondo)

Actor

¡Cálmate beatita! Te falta el grano en la nariz, el diente suelto: los mechones, el chal negro en punto de cruz. ¡A nadie engañas con esa bata ensangrentada, puede ser falsa, sangre menstrual! ¡Bah!

Beata Dos

¡Cárcamo! ¡Escucha!

Actor

¿Cárcamo? ¿Dijiste Cárcamo? ¿Carcajeó? ¿Quién te dijo ese nombre? Dios no me dio nunca ese nombre.

(Los sonidos del rasgar aumentan, casi se vuelven insoportables; las luces en escena parpadean. Pueden haber tonos rojizos, como un incendio. Los tablones ruedan, el mesón cae, con estrépito. Apagón largo; ellas están en el suelo, desarrapadas. Los tablones en desorden y Actor inclinado, en pose de perro, en el lugar donde está el mesón.)

¡Vamos, embánquense! *(Se levanta, enojado)*. ¡Vuelvan a sus lugares! Pronto llegaremos y cuando estemos frente a él, no habrá retorno. Ante Dios todo terminará. Hasta yo, que soy su enviado, terminaré; su voz, tú. *(Hablándole a Beata uno)* ¡Habla!

Beata Uno

¿Me acusas? Nadie pudo amarlo tanto como yo. Lo abandoné todo para irme tras él. *(Recordando pensativa mientras se sienta con las piernas abiertas sobre el tablón.)* Recuerdo... memoria mala...

Actor

¡Pruebas! Necesito pruebas, no palabras; huellas, señales, signos.

Beata Uno

¡Todo en la vida tiene señal de palabras! Hay palabras que no tienen voz, ¡pero son palabras! ¡Escúchalas! (*Hace un ademán*).

Actor

¡Te pido callar! ¡Vamos, pruebas al canto! ¿Qué tienes para mostrar?

Beata Uno

Yo puedo declarar algo mejor que lo que hallas en las manos o en la lengua. Tengo un dolor adentro. Un tatuaje en el centro de mi cuerpo. Un escorpión negro que no deja dormir, ni vivir. Pica todo el tiempo. Arde, ardiente, quema, quemante...

Actor

Aceptas tu pecado. Tu confesor debe haber descubierto que te consumías en la noche para sufrir más en el día. ¿Lo aceptas? ¡Huellas! Quiero huellas. Tu soñadora no te soñó. Te inventó porque estabas en la tierra. Sólo lo que es verdadero se inventa, no lo olvides. ¿Acaso crees creer? Pedí pruebas no soñadas. Lo oyen. Ni soñadas. Ninguna de las dos me ha convencido. Estoy cansado de yo mismo tener siempre que inventarlo todo, desde el día cuando murieron hasta el momento cuando se enfrentaron a él. Aunque no lo puedan creer, él es muy fácil de convencer, por eso me enviaron a mí para escucharlas, para no ser llamado engaño. Pero alguien debe pagar por todo esto, costear este viaje inútil de ustedes hasta acá... ¿Cuánto piensan que cuesta?

69

Beata Dos

¿Y qué voy a hacer yo con mis dolores, con mi lengua partida?

Beata Uno

Y yo con mis sargas, con mis amaneceres helados, mis uñas quebradas...

Actor

Y el burdel. ¿Qué voy a hacer con el burdel? Ni el monasterio me preocupa tanto como el burdel, eso molestaría más a Dios. Imagina, su casa como un burdel y ustedes adentro, pecando, simulando ser castas, santas... Parecería que Dios estuviera por debajo de ustedes, que él no sería nada si no existieran...

Beata Dos

Fue ella quien nos sacó de la tranquilidad de nuestros claustros, de la paz de nuestros sepulcros para empujarnos a ver la luz. ¡Que la condenen! ¡Que la esculquen!

Beata Uno

Sí y que devuelva el sueño completo... Y el dinero, claro...

Actor

Tranquilas, mis siervas ¿Acaso ya no quien servir de siervas a Dios?

(Apagón breve. Las dos mujeres siguen en los tablones, pero están acostadas de manera invertida: la cabeza en la parte baja y los pies, hacia arriba. Actor se halla de pie, con los brazos cruzados, pensativo, desafiante.)

Actor

Yo sé que ustedes siempre querrán estar aquí, pero eso es imposible. Deben partir. Antes, voy a darles gusto. Traeré a la soñadora esa y la condenaré. No tendrá forma de escapar de la fantasía. Nadie puede escapar. ¿Cómo podrá hacerlo si no existe? Sin ella, ustedes no existirían, ni sus llagas, ni sus heridas. ¡Tráiganla! *(Hablando hacia interiores)* ¡Vamos! ¡Que sea pronto! ¡Que venga!

(Se oyen ruidos de cadenas, las dos beatas se sobresaltan en sus tablones)

Voz en off

¡No! ¡No! ¡Por favor, no!
(Siguen escuchándose cadenas.)

Actor

¡Ya, está aquí! ¡Aquí! Cerca de ustedes. ¡Es su fin!



ILUSTRACIÓN: JOSÉ CRUZ

Acto Tercero

(Una celda de cárcel. Paredes sucias desoladas donde están escritos garabatos con leyendas obscenas, sin concluir. Una ventanilla simulada con barrotes. Cárcel. Hacia el fondo hay una estera, diarios viejos diseminados por todo el ambiente. Sobre una mesa pequeña, hojas blancas y una silla. Trista está de pie, viste un batón gris de presidiaria, descalza. Espanta insectos con un trapo sucio. Frente a ella está Actor (Zacarías) sentado en una silla, muy pálido y vestido de negro riguroso, descalzo. Extiende las manos, que se ven muy blancas, empolvadas. Manos de abremuertos.)

(Una voz desastrada repite desde el callejón de las ratas: “¡Humíllame a tus pies para recibir el rayo esplendoroso de tu amor. El hombre que ansío me amaré!” Se rompen botellas, las ratas huyen.)

Trista

(Dejando de moverse, se acerca a él)

Zacarías, te escribo desde este lugar... lejano como el mismo círculo del cielo. Te diré algunas cosas que no se las he dicho a nadie, ni a mi madre, ni a mis amigos, ni a Dios... *(Camina hacia la mesita, se inclina para escribir)*. Tú sabes lo que pasó... Tú, tú que causaste todos mis males... y aquí estoy. ¿Me entiendes? *(Se detiene muy cerca de Actor)*, sé que me entiendes, así mi letra sea mala, escriba sin comas ni puntos porque nunca me han enseñado, pero necesito saber qué pasó, por qué me trajeron aquí, arrastrándome. ¿Lo sabes? Me arrastraron y nadie me defendió, no había nadie allá... Sólo ese par de viejas y él que no eran nadie... A los carceleros no los vi, pero me pusieron cadenas. ¡Condenada!, dijo el juez de las causas de los santos y me mandó a esta celda, a este lugar inmundo, sin aire. *(En este momento, se agita y vuelve a apartarse de la mesita, camina por la escena abriendo los brazos)* ¡Aire! ¡Aire!.. Mal aire el que me dan, y todo por los sueños. Pero te contaré, querido, te diré por qué razón estar aquí no es justo... las novelas de los escritores donde ellos tienen su rincón... ¿Me estás entendiendo la letra, verdad?

¿Verdad? Lo siento, nunca fui buena en caligrafía, me temblaba la mano, me tiembla todavía... Pero cuéntame, primero, como estás tú allá en La Fronda... ¿Verdad que te has hecho Resucitador? ¿Te robas los órganos de los muertos y los vendes a buen precio, después te vas a los burdeles a acostarte sobre tu propia plata...? Porque con mujeres no estarás. Cuando uno paga por acostarse no se acuesta con mujeres sino con su dinero... Me dicen que todos los Resucitadores tienen las manos muy blancas a causa del formol, pero si tus manos siempre fueron blancas y nunca se robaron nada... Ni mis senos.. Ni mi cuerpo, nada... ¿Sabes? nunca te lo dije antes, pero tus manos

siempre me parecieron demasiado frías y arrugadas... Manos de muerto, como decía La Mina, o manos muertas, decían mis amigas... Aún lo recuerdo. Cuando me tocaste la cara la primera vez, eras muy niño. Parecía que me estaban pasando una lija, en vez de una caricia, pero lo soporté (*Se toca la cara, vuelve a sentarse y se inclina para seguir escribiendo. Entretanto, Actor comienza a mover la cabeza y los brazos, sin levantarse de la silla*). A veces pienso que estoy loca... ¿Qué hubiera sido de mí si no te hubiera conocido? Seguro estaría bien sin conocerte, sin extrañarte. Sí, no te asustes. No pienses que estoy loca... Aunque estoy bien loca desde que comencé con los sueños, esos que te conté en la otra carta. ¿La tienes o la tiraste a la basura? En ella te contaba muchas cosas... Que todos los días La Mina y yo leemos los diarios buscando algo, pero no encontramos nada... Ella dice que es por tu culpa... pero qué culpa puedes tener tú, si no hiciste nada, si hasta las flores de las macetas se marchitaban cuando pasabas por delante, sin mirarme allá en la quinta... Ah, me olvidaba lo de los sueños... Las dos beatas me acusaron de haber inventado mentiras, se lo dijeron al viejo ése del juez y el muy cabrón me mandó a traer a rastras y me dijo con su dedo... ¿o fue sin su dedo? que yo había mentado al soñar... Espera, sigo escribiendo (*Ahora el Actor mueve las piernas, se prepara a escuchar –leer en un papel invisible–, la idea es que ella escribe y él lee a la distancia*). No creas que tengo demasiado tiempo... No, no lo creas, ya me duele la mano y el pie. Tuve una amiga que no tenía brazos y escribía con el pie. La vi, no la soñé, pero, vamos, cuéntame todo... Ah, pero espera, antes debo levantarme; me duele la espalda. En esta cárcel piensan que yo soy como las beatas. Debo dormir en cama de piedra, sentarme en silla de piedra. “De piedra ha de ser la cama; de piedra, la cabecera” (*Canta*). Aguarda, ya vuelvo. (*Se pone de pie, da vueltas a la silla, simula que se va a quitar la bata pero la deja otra vez en su cuerpo*) ¡Ya! dijiste, yo creo que de tanto escribirte, me está cambiando la letra... Te cuento, el señor que me compraba los sueños ha desaparecido. Una vez que me trajeron presa, él se fue. Parece que no quería comprometerse... Pero, eso sí, dejó pagado un abogado para que me sacara de aquí y no sé dónde mismo anda. La Mina debe traerlo con la comida, porque aquí no dan de comer... Dicen que las presas no comen, pero, espera, no hay más presas. Soy la única culpable; así lo dictaminó el juez del suelo, no del cielo. ¡Vamos! En la próxima carta, debes contarme todo. Tú dijiste que te ibas de Resucitador, para ganar plata para nuestra boda. Te dije que no te preocuparas tanto, que me iba poner el mismo traje de mi primera comunión, que todavía me queda si le bajo el hilván. Iría sin zapatos, como las hindúes... Eso sí, con muchas flores en la cabeza. La Mina las recogería del cementerio. ¿Y tú? Con el mismo traje negro que le pusieron a tu padre cuando murió. Después se lo quitaron porque era como echarlo a perder si lo enterraban vestido así... Como ves, todo tiene solución, hasta eso. De modo que no debes pensar demasiado. Mejor reza para que salga pronto. De modo que no debes pensar demasiado. Mejor ruega que esté libre cuando vuelvas, pajarito de mar, mi pájaro de mar por tierra... Eso... eso.. eres... ¿Te gusta?... Me pregunto todo el tiempo, ¿por qué Dios tuvo que po-

nerte en mi camino, aceptar que me llevaras a pasear por el malecón? La torre del reloj público nos miraba con su gran ojo de cíclope, cuando pasábamos cerca.... Fue todo, y yo, arrebatada caí en tus redes... En el trasmallo, diría ahora. Así se llama esa red que lanzan en el mar para atrapar los peces, la red que atrapó el cuerpo de tu hijo Adolfo, ahogándolo en el mar. Tiene dos palos cruzados y lo deja al pescador como crucificado... Así (*Se levanta y va hacia el centro del escenario, adelanta los brazos y los eleva lentamente, simulando sostener un trasmallo*) Fíjate, se me está mojando la letra, es gótica ahora, con todos esos rabos del diablo y cuernos de fauno, no sé... Bueno, pero volviendo a los sueños, tuve uno que me gustaba mucho. Era el de esa mamá flaca que ponía huevos, no había polluelos en los cascarones, solo monedas de un centavo... ¿De dólar, estarás preguntando? No tanto; de sucres. Ese perfil metálico del mártir de Berruecos, tan devaluado ahora... Entonces, la madre esa que te digo, iba a las abacerías y se compraba toda la comida que necesitaba y hasta ropa fina. Cuando soñé el sueño, La Mina me dio un golpe en la cara porque le dije que si ella era una buena madre debería poner esos huevos. No, querido, no pienses que deliro, es que desde que estoy en esta celda todo el tiempo me la paso volada... Mejor cuéntame más de ti. En esa carta que me trajeron, no decías nada... Ah, a propósito, uno de esos jorobados que me cargan los muertos se propasó conmigo. Me llamó madrinita, te figuras, yo madrina de ese curco lleno de pelos por todas partes. Espera, no leas esto, o sí, mejor lee... sigue leyendo. Zacarías, en verdad lo que yo creo que nunca quisiste abrir fue mi tesoro. Te asustaban las perlas que podrías hallar adentro; perlas amargas, como almendras amargas... No, no sé en qué libro leí eso... Antes de seguir escribiendo, deja que seque estas manchas en el papel (*Se inclina en lo que está escribiendo, simula borrar*). Tampoco sé de dónde mismo salieron... Ah ya, son mis lágrimas. Pero no creas que lloro; es que me estoy lavando los ojos, debes creerlo, por ti no puedo llorar, no vales un llanto.

(*Actor se pone de pie, mueve mucho las manos al recibir un reflejo de luz que destaca más su blancura. Camina un poco al escenario, con movimientos imprecisos, como si estuviera en el agua*) Zacarías, Zacariano, como te gusta que te llamen, por eso del revolucionario mexicano, Emiliano, que un día me contaste, es de allá, de ese lugar donde vive el poeta desterrado. Quisiera que me dijeras en alguna carta qué esperas hacer cuando vuelvas. Acaso piensas que estaré con vida para recibirte. Mamá Mina dice que jamás vendrás, que te pasarás el resto de tu vida entre los muertos y las piernas de las mujeres; todo porque yo nunca te abrí las mías. Si lo hubiera hecho, igual pasarías de largo sin verme, y, lo que es peor, no hubieras descubierto mi tatuaje, ese que te oculté toda la vida debajo de mi falda. (*Hace un gesto de señalarse algo dentro del cuerpo. Actor ha vuelto a sentarse y cruza las piernas parsimoniosamente*). Por todo lo que te cuento, puedes saber que yo no temo vivir; temo que la vida se olvide de mí. ¿Tatuarse?... Tatuarse las almas. Sólo a mí se me pudo ocurrir. Si el alma de todos nosotros ya viene tatuada con los recuerdos. Los míos que son los tuyos, por ejemplo, o los tatuajes que una trae de la otra vida, cuando fue perra beata o puta como la Mina.

Cuando hablo de otras vidas, tengo miedo que me vuelva el sueño. Me asusta pensar que me podrán aumentar la condena y jamás saldré porque moriré de vieja, de qué entonces me servirá todo esto, dime. Sé que tal vez ya estás muy cansado, pero lo que voy a decirte, antes de despedirme, es que escaparé de aquí. Si el abogado no me saca y el juez ese del cielo no me libera, escaparé. Lo haré por la misma puerta y nadie me verá. Las mujeres podemos transformarnos, cuando en las mañanas nos asomamos al espejo y nos maquillamos para ser otras. Eso haré. Le pediré a La Mina que me traiga otra ropa y... ya verán. Lo que van encontrar aquí adentro será una huella de humo, como en el sueño que me trajo acá, como la vida de esas mujeres que no hicieron daño a nadie, solo a ellas mismas, con todos esos pinchazos, esas diademas de escorpiones, esos cilicios con clavos. *(Trista va hacia el camastro y se acuesta)* ¡Sueños, lárguense! ¡Apártense de mí! *(Gritando)* ¡Vamos, fuera, fuera! ¡Quiero dormir! ¡Dormir sin sueños! Eso es lo que quiero, que Zacarías venga y me vea dormir. *(Actor se acerca a ella, cruza los brazos, la escucha.)* ¡Zacarías, vela mis sueños, por favor!... ¡No dejes que vuelvan, atrápalos como tu hijo fue atrapado en el mar! ¡Anda suelta el trasmallo! *(Actor levanta los brazos sobre ella, mueve mucho las manos y el cuerpo se curva hacia atrás; hace fuerza)*. ¡No, a mí no, a los sueños! ¡Véndelos caros, muy caros mis sueños no tienen precio, son los tatuajes! *(Actor, despacio, se acuesta junto a ella, la cubre con su cuerpo. Trista lo abraza.)* Un sueño, un sueño contigo Zacarías, contigo *(Música suave ruido de olas, agua)*.



ILUSTRACION: FABIOLA MEZA

Acto Cuarto

(El mismo escenario del Acto Primero, pero ahora hay diarios desordenados sobre la mesa y el suelo. Los papeles cubren el servicio del desayuno y las dos mujeres lucen cansadas; se hallan una frente a otra. La Mina, sin lentes, hojea los diarios, Trista la mira, moviendo la cabeza hacia abajo arriba, a los lados, tratando de observar entre las hojas.

Trista

MamaMina, ¿y ahora qué te pasó a ti? No llevas lentes... ¿Qué, se te aclararon las lunas? ¿Dormiste con los ojos abiertos y se metió la luz por los ojos?

La Mina

¡Cállate! Hoy no estoy para nada. Si me dijeran que tu padre está sano, hasta me iría a meter en la cama con él.

Trista

(Sonriente)

¡A esperarlo en la cama, viejita! ¿Desnuda? ¡Todavía puedes! ¡Qué bueno! ¡Y con esos huesitos: trique traque, trique traque! ¡Qué gusto! ¡Besos de calaverita!... Clac clac...

77

La Mina

(Bajando el diario)

¡Ya empezaste! ¿Acaso no te cansas? Todos los días, todas las mañanas, lo mismo. Falta de todo: comida, ropa, hombres, y tú jode que te jode...

Trista

No es joder, mamá, es inventar. No crees que fue bueno inventarse esas viejas, soñarlas, decirles a todos que en las causas de Dios también se cometen injusticias, como en la vida. ¿Ves, ves?... Como en la muerte.

La Mina

A veces pienso que nunca hallaremos nada que cambie nuestras vidas y tú, solo te la pasas escribiéndole bobadas a Zacarías... Crees que no te escuchaba anoche cuando leías la última carta para él en voz alta... Presa... Condenada... Solo te faltaban los grilletes... Oye... ¿Y ése abogado tuyo que nunca apareció? Yo creo que no saca a los presos ni con la llave *(Enojándose)* ¡Y no vuelvas a meterme en tus locuras de loca! ¡Ni me nombres en tus cartas... ni en tus rezos...!

Trista

No, madre, no digas eso. Zacarías ya comenzará a mandarnos algo, aunque sea esos gusanos que saca de los cuerpos.

La Mina

El gusano de él te mandará. Ese sí te mandará para que nade en tu cueva reseca.

Trista

¡Mamá, mamaMina, pueden oírnos! ¿Qué pensarán? Una vez pensaron que podrían doblegarnos, te imaginas... La Mina y Trista doblegadas ¿Cómo lo irían a hacer? Espera, voy a cerrar. *(Se levanta, camina hacia un lado de la sala, sonido fuerte como si cerraran una ventana)* ¡Ahora sí, volvámonos locas, no locas de atar sino de desatar!

La Mina

Es que a veces estamos tan solas hija, yo creo que si no estuviéramos tan solas no importara tanto lo que nos falta. La soledad es peor que una barriga vacía. Hay tanta gente por ahí vacía, pero sin embargo tan llena. Bailan, aman, roban, matan. Tú cruza nomás por el malecón, y verás. Hasta tú, con tu tesoro, marcharías. Te lo juro; ahí nadie respeta nada...

Trista

Te creo, madre, te creo. Pero a ti también te pueden robar tu viejo tesoro. Esas perlas hechas pasas, esos pasos antiguos de baile... No, mejor no sigo, no quiero herirte...

La Mina

¿Más heridas? No creo, no creo que nada pueda herirme más, ni que vuelva a nacer, a reencaucharme, como dices tú...

Trista

Oye, no te dije que nos volviéramos locas: ¡Anda! ¡Enloquece! Es lo único que nos puede salvar.

La Mina

Anda, loca, sigamos buscando *(Lee el diario)* Se dan clases a domicilio de piano. ¿Que será esto? ¿Una casa en forma de piano? Me muero abrir la puerta y escuchar un acorde, cerrar las ventanas y oír otro, lo que se ve ahora... Sabes, ayer estuve pensando: si estuvieras casada con Teodoro, no estuviéramos así. Él era bueno, rico, algo mayor, pero a ti se te ocurrió...

Trista

(Interrumpiéndola)

¡No empieces otra vez con eso ahora! Ya te he dicho que yo elegí el amor... Venir aquí a decirme, en mi cara, que tendría de todo si me entregaba, si me vendía.

La Mina

(Burlona)

La miseria del amor querrás decir. Qué te costaba cerrar los ojos cuando él entrara y después... todo estaría bien: Mesa servida, tules y randas... ya habría tiempo para otros, Zacarías.

Trista

Me apenas, mamá *(Se sienta, busca la taza, bebe, recorre con el dedo una parte del diario que La Mina está leyendo; murmura)*. Ya verás, te sentirás orgullosa de mi victoria. Teodoro... ¡Espera! El domingo jugarán un clásico del astillero... siguen con eso, carrera loca de hombres tratando de alcanzar a patadas una pelota... No comprendo.

La Mina

(Sigue detrás del diario)

¿Y qué dijeron en el banco? No me digas que solo te pasaste chismeando con tus amigas y no fuiste al banco.

Trista

¡Fui, mamacita, fui! Me senté a esperar en la sala de esperar, hasta que salió un señor y me dijo lo de siempre: Estamos rojas, mamá, quemadas como si nos hubiéramos pasado todo el día bajo el sol.

La Mina

Ya sabía. No sé por qué mismo te lo pregunto... Hija, aquí dice que darán un curso para orar. *(Lee en alta voz)*: Talleres de oración, requisito saber el Padre nuestro, el credo y el Ave María, aspecto de virgen blanca... No, no pagan, pero dan desayuno y almuerzo todos los días. Está bueno, ¿no? Te lavarías la boca y la cabeza de tantas ideas raras que tienes. Catequistas se llaman, sirven a Dios.

Trista

Dios, siempre Dios. Por qué no lo dejan tranquilo allá arriba, o acá abajo, o esté donde esté... vaya.

La Mina

Es que él está en todas partes, en todo lugar. Hasta cuando una pareja se junta,

allá esta Dios.

Trista

(Burlona)

Debe ser muy incómodo hacer el amor con alguien mirando, o metido entre los dos cuerpos. O sea que, cada vez que tienes un cliente, él debe bajar para meterse entre los dos... Uff... debe estar muy cansado, ¿no?

La Mina

(Bajando el diario)

¡Ya basta! Comenzamos la mañana blasfemando, entonces nos va mal todo el día. Todo el santo día...

Trista

¿Ya lo ves?... Días santos... Semana santa... hora santa... Siempre santos... No podrían ser días diablo... semana diablo.... hora del diablo, nada más para variar.

La Mina

¡Te dije que ya basta! *(Se pone de pie, camina hacia el espejo, se mira en él)*. Cuando una se levanta más tarde, parece que el tiempo le dejara más huellas. Recién amanece, y ya las horas te van latigueando. ¡Mira a ver! *(Se acerca a Trista y le muestra la cara)*. Esta arrugada que está aquí *(se toca la frente)*, es de cuando mi madre murió y esta otra *(señala otra parte de su rostro)* apareció cuando tu padre se fue a los quintos infiernos y regresó cojo. Si miras bien, hay una que salió cuando naciste chillando, y esta otra quebrada, cuando rechazaste a Teodoro, ¿lo ves? La cara es como un mapa de sufrimientos y errores... cuando una es feliz, tiene el rostro liso. ¿Has visto alguna reina con arrugas? Son viejas, pero la cara les parece nalga de niño.

Trista

Estoy pensando si sería posible algún día irnos lejos, donde toda la gente ahora se va: España, los Yonis... De cocineras, cuidando viejos enfermos, de niñeras; hasta la putas se van, pero se van... Deberían escribir un leyenda en el aeropuerto: *El que salga último, que cierre la puerta*. Hasta el presidente quiere irse, pero no puede... Los ministros ya se fueron, cargados; los curas, las beatas, los honorables diputados, o sea en disputa, o simplemente hijos de puta. ¡Cierra!

La Mina

¡Mujer! Qué boca es ésa. Después dices que nos oyen los vecinos, podrían demandarnos, ahora sí, condenarnos a las dos, a ti y a mí. Yo, con mis huesos, iré a la cárcel, al frío, a la muerte.

Trista

¡Abran! Mejor acéptalo, volvámonos locas como ya dije antes. Así estaremos mejor, viviremos más libres. Ve, madre ve, hoy no has encontrado nada ni siquiera una línea que diga que necesitan a nadie. Espera (*Señala uno de los diarios desordenados sobre la mesa*). Fábrica de telas requiere estampadoras si aquí está. ¿Que estás ciega? Anda busca los lentes... Iré, sí señor, iré, les voy a decir que sé estampar tatuajes, que tengo uno tatuado en el alma, un escorpión, pájaros malagüeros, gusanos, les encantará: Señorita Trista, está contratada. Firme.

La Mina

(*Leyendo el diario*)

Estampas de santos. ¿Acaso no sabes leer? El manto sagrado: San Jacinto, el de los espinos; San Sebastián, el de las fechas; San Jorge, el del dragón. Eso es...

Trista

(*Desalentada*)

¿También? Pero es que nunca nada, nadie... nunca, nada nunca (*se pone de pie y camina por el escenario, divagando. La calle se ha tornado sombría. Aparece sentada frente al espejo, maquillándose*). Madre, ¿tú sabes cuál es la corona de las mujeres pobres? Bueno, de las pobres mujeres solas como nosotras. ¿No lo sabes? ¿Dónde naciste, que no lo sabes? Es simple, tócate la cabeza y hallarás tu corona: ¡Los rulos, mujer, los rulos! Esa es la única corona que no se puede heredar, una corona sin reino que todas las noches, en la soledad de tu cuarto, te vas ciñendo. En eso hasta eres mejor que las reinas de verdad porque a ellas tienen un paje que se las quita para que sueñen con otro reino. Ah, son tan hermosas las historias de reinas (*sigue maquillándose como los ojos entornados*). ¿Recuerdas cuando en el colegio recité el cuento de la reina enamorada del bufón? A ver si la recuerdo, mientras tú terminas de buscar. Decía que en la corte vivía una reina soltera, un príncipe, un bufón y una bruja maligna. El príncipe era jorobado y feo, mientras que el bufón era hermoso y esbelto; todo a causa de un maleficio de la bruja malvada. La reina le había dado promesa de boda al príncipe, entonces, un día, lleno de celos, el bufón mató a la bruja con un golpe certero, y todo volvió a ser como antes. Fiel a su promesa, la reina desposó con el príncipe, volviéndolo rey, pero en secreto siguió amando al bufón. ¿Ves? Entonces es verdad eso de la suerte de los feos...

La Mina

Es verdad, pero ya no recuerdo de dónde sacaste eso, porque tu padre no lo pudo inventar; eso sí que no...

Trista

No creas. Alguna vez, él me contó que había caminado *lenguas* para llegar a ti. ¿Es verdad eso?

La Mina

Mentiras. Fui yo quien caminó. Tatué en la ruta todos mis pasos hasta llegar a él, que después nunca más pudo andar, así nomás, como lo oyes... Se hizo cojo de pura mala suerte, como si la suerte existiera. La suerte no existe; es el destino...

Trista

Lo he pensado, madre, pero ¿no será acaso que las dos estamos muertas? Mira: vivimos solas, apenas nos alimentamos, nos falta abrigo, todo. Tú y yo somos mejor que las beatas porque somos verdaderas sufridas... tatuadas... parecemos calzón de güisa; ése que te miran, te sacan, rasgan. Por eso, en el sueño, oía rasgados...

La Mina

(Se ha puesto de pie y va a sentarse frente al espejo.

Solamente contempla su rostro, se toca la cara, habla despacio.)

Solo maldigo la soledad. Se parece tanto a la muerte...

Trista

(Sobresaltada)

¡Madre, escucha esto: lavanderas, buena paga! Se necesita lavanderas para ropa blanca y para ropa negra. Extranjeros *(Interrumpiéndose)*. ¿Quiénes, las lavanderas o los dueños de la ropa? ¿Para qué querrán dos lavanderas? ¿Pensarán que las manos destiñen y manchan la tela? Es raro, ¿verdad, mamá? No te preocupes. A la vela, la veladora, como dicen los viejos. Pero, madre, no has probado bocado hoy, ni un sorbo del café que tanto te gusta...

La Mina

Nada. Qué podrá pasarme si todo ya me ha pasado. A ti debería preguntarte qué tienes, ahora que estás tan seria; ni loca te veo, parece que te volvió la razón.

Trista

Mi razón nunca se fue. Fui yo quien se fue y la dejó abandonada. Yo caminé por ahí, sin razón, entre la gente que deambula por el malecón, en el parque de los cien años, frente al Palacio de Justicia y el correo central. Sin razón, caminando como ese loco descamisado que escribe mensajes en el suelo con las hojas de peregrina. Se llama Ablador y perdió la razón por una mujer. Se quedó colgado de la nube, así mismo que quedé yo; pero no por amor, sino por odio al amor que me dejó sola contigo. Pero me salvaré, te lo puedo jurar. Buscaré la razón en la cabeza o en el corazón, no sé, y buscaré empleo a Zacarías para matarlo, a ti...

Trista

(Ha vuelto a sentarse a la mesa, visiblemente alterada.

Toma una de las hojas del diario, ríe.)

Escucha esto: recompensa por hallar marido perdido. Se dará buena gratificación por encontrar un marido que salió a comprar el diario y nunca más regresó. Absoluta reserva. ¡Te imaginas! ¿Y si el pobre hombre todavía no puede encontrar el diario, o se fue cansado de todo o tatuado? Pero ése es trabajo para detectives, no para nosotros, que también los perdimos: El tuyo se fue, y bajó a cojo y brujo. El mío ni siquiera alcanzó a ser marido. También se largó a buscar fortuna, abriendo el cuerpo de los muertos...

La Mina

Te quisiera preguntar algo. Cuando en tu sueño te apresaron, tú dices que te llevaron, arrastrándote, ¿verdad? Yo quisiera saber qué sentiste. ¿Te rebelaste? ¿Gritaste? ¿Quiénes te atraparon?

Trista

Eran ellos, madre. Vinieron a mi cuarto, donde soñaba, y me levantaron. Dijeron que alguien me había acusado de soñar mentiras y me ataron las manos. Fui encerrada como un perro, en esa cárcel que es mi cuarto de soñar sueños. Allí me desnudaron para buscar los tatuajes y fui condenada veinticuatro horas de prisión perpetua sin soñar sueños. ¿Lo crees?

La Mina

Lo creo. Ahora, más que nunca, lo creo. Lo creeré siempre, porque todo lo que vivimos es una pura pesadilla que las dos soñamos. Pronto, muy pronto, muy pronto terminará. Las cárceles y los burdeles, los monasterios, están llenos de historias extrañas, increíbles como la tuya, tengo que aceptarlo...

Trista

(De un salto se pone de pie. Vuelve a bailar sin música. Gira, gira.

De pronto, se detiene.)

Sí, increíble. *(Señalando los diarios)* Por aquí ofrecen un tratamiento para obtener abundante cabello, cejas, vellos; atraen, excitan. También, que se puede cambiar el color de los ojos: verdes, pardos, miel, ojos dulces, mirada dulce. Esto también es increíble, ¿no? Además, es increíble saber que la gente aquí se desprecia unos a otros, porque son incapaces de perdonarse los pecados cometidos.

La Mina

Tal vez. Pero ahora se puede todo. Aumentarse, quitarse, estirarse, todo. Si te cuidas bien, te aumenta la vida. Si sufres, te la puedes quitar. Si te enfermas, te curan.

Te estiran los años, ¿lo ves? Lo veo todo...

Trista

(Mirándola desde el centro de la calle/escenario)

Estás cansada, madre. Sigues sin probar bocado; no te irás a morir. Dicen que cuando la muerte está cerca, una pierde el apetito, el peso, da sueño, muchas ganas de dormir. ¿Sientes sueño, mamaMina? ¿Se te cierran los ojitos como si una mano de Dios te los cubriera?

La Mina

No, no. Ni sueño ni hambre. Solo trato de saber cómo iré a terminar todo eso...

Trista

¡Terminará! ¿Acaso no seguiremos así toda la vida? Buscando. Recuerdo que la beata rica decía que ella jamás buscaba nada, que todo lo encontraba, hasta sus dolores. Después los volvía a perder, en las calles, las iglesias, las plazas, la ciudad perdida como si fuera un objeto. ¿Lo ves? Y la otra mujer, pobre, debía conformarse con lo que perdía... Zaguanes, portales, cantinas, burdeles...

La Mina

Lejura. ¿Te gusta esa palabra? Lejura, la leí, la encontré hoy mismo, hace un momento, mientras hojeabas los diarios. Pero, entérate, nunca encontramos nada porque estos son diarios viejos, siempre hemos vuelto sobre los mismos avisos. Lejuras, no hemos cambiado porque el tiempo está lejos, se quedó muerto en las páginas de esos diarios que hemos leído durante tantos años...

Trista

(Levantándose)

¡Te equivocas, mamá! Hoy, por fin encontré algo, después de todo este tiempo de buscar. Zacarías se alegrará y tu marido también, aunque allá en la quinta debe estar bailando una rumba y no podrán saberlo. Aguarda, te lo mostraré *(Busca afanosamente entre los diarios, los deja caer, los desordena más)*. ¿Dónde está? ¿Dónde lo puse? Por Dios, aparece. Nos queda muy poco tiempo; suenan las campanas.

La Mina

¿Pero qué cosa es, hija?

Trista

Ya verás, ya verás. Eah, aquí está *(Levanta el diario, lo abraza, lo besa. La Mina está de pie frente a ella, desespera)*. Escucha bien, madre. Se necesitan dos mujeres

solas, con experiencia en soledades. De preferencia, algo enloquecidas y pobres. Deberán pasar pruebas y sufrimientos, ayunar, llorar, rezar. Una será la madre y la otra será la hija, trajes sangrantes. Excelente sueldo. Lugar de trabajo: la ciudad... Presentarse hoy mismo.

La Mina

(Animadísima)

¡Lo ves! ¡Al fin podré dejar las esquinas! ¡Te lo dije! Eso está hecho para nosotras. Somos precisamente así. Nadie, nadie nos puede quitar ese empleo. ¡Es nuestro! ¡Es tuyo! ¡Es mío! *(Trista ha traído los trajes que llevaban beata Uno y Beata Dos. Los sacude, desempolvándolos, los acaricia, los levanta a la luz.)*

La Mina

¡Este es el tuyo! ¡No, éste! *(Se lo coloca en el pecho, camina balanceándose)*

Trista

¡Ya salgamos! ¡A escena!

La Mina

¡Aguarda, debemos vestirnos!

Trista

¡Sí, sí! *(Se pone el traje, va hacia el espejo y se arregla, desgredándose el cabello. La Mina ya se ha vestido, se vuelve...)*

La Mina

¡Estás divina, Trista! ¿Y yo?

Trista

¡Sufrida, sufridísima! ¡No puedes estar mejor!

La Mina

¡Salgamos! ¡Cierra la puerta!

(Ruido fuerte de una puerta cerrándose con violencia, pasos en la calle, otra vez el sonido de rasgar, voces de ellas alejándose, discutiendo. Música suave. Apagón.)